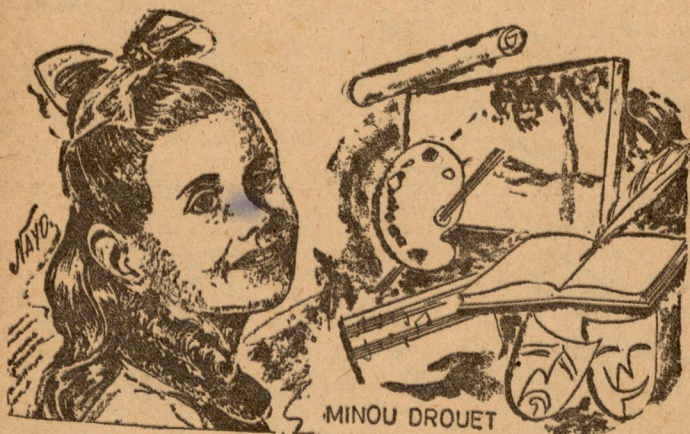


EL LABERINTO Y EL HILO

El niño y el milagro artístico

Por Sebastián SALAZAR BONDY

En puridad de verdad, el "niño prodigio" no existe como excepción. Todos los niños son prodigios. ¿De dónde ha salido entonces aquella idea? Sin duda alguna del sistema uniformador de la mente y el espíritu que ha regido, y rige infortunadamente aún, en escuelas y hogares en donde prevalece el concepto de que a los seres humanos hay que formarlos conforme a un molde previamente estatuido, y de que todo lo que atañe al orden de la vida intelectual es normal en cuanto no desborda dicho modelo. De ahí que la psicología y la pedagogía moderna pongan tanto énfasis en el arte del niño, y que en dicho terreno se dé una decisiva importancia a la libertad. La libertad, no hay discusión, es el clima esencial para el mejor desarrollo del alma. Una libertad, como es lógico, que no sirva a otro fin, en sus últimas consecuencias, que al de la perfección y el bienestar generales. Es la intención del pequeño artista, del pequeño creador, lo que interesa, y padres y maestros deben responderse, ante un niño que pinta o ante un niño que ejecuta otra especie artística, antes de obrar, a una pregunta: ¿qué significado tiene esto que hace mi hijo o mi alumno? La contestación fundamental a ese interrogante ya la han hecho los especialistas: para el niño el arte es un instrumento regulador entre su intelecto y sus emociones. Es decir, entre los conocimientos racionales y sus afectos o sentimientos. No hay niño que no "invente" esa válvula. No hay niño, por ende, que no sea "prodigio" como creador de objetos estéticos.



Dirigir autoritariamente dicha vocación es quebrarla, desviarla, adulterarla. En suma, es uniformar a la persona que se inicia. Y el secreto de la felicidad está en ser, dentro de la unidad, diverso, diferente. La personalidad se abre camino temprano, pugnando contra obstáculos y dificultades. Es el aprendizaje, que no debe ser sólo de conocimientos prácticos. Por eso en Francia ha sido rotundo el éxito de los educadores que han propiciado el "arte espontáneo" de los infantes, cuya muestra se haya actualmente en Lima, como una forma eficaz y fructífera de la buena formación individual y colectiva. Consiste en dejar al niño que pinte, dibuje o modele conforme a su voluntad. La sugestión es simplemente oral o, si se quiere, poética, pero rechaza toda conducción de la mano, toda limitación en los medios, toda norma en cuanto a técnicas. Con el color, el párvulo hace literalmente lo que quiere. Es el destierro de las formas para colorear, de los sistemas de calco, de las copias con claroscuros, de todo el antipático arsenal de andadores artísticos de la vieja tradición.

Si el niño pinta el cielo verde, verde es el cielo, su cielo. Y si el árbol, en su versión, tiene pies, el árbol es un ser animado, sin discusión alguna. Se salva el sentido mágico de la creación estética infantil, que hasta ahora, con más o con menos, se reducía o hurtaba. Este "arte espontáneo" que vemos ahora en nuestra ciudad —por celo de Octavio Bermúdez Enciso, un maestro peruano, en las salas del IAC— nos revela esa verdad con que dimos comienzo a esta nota: no hay excepcionales niños prodigios. Aquí están, en la exhibición antedicha, cerca de un centenar, y eso prueba que todos los son.

Conservar la pureza original tiene que ser el principio de toda pedagogía infantil. Esa pureza que se manifiesta por medio de una fantasía que no conoce trabas, fantasía que antropomorfiza los cerros, los mares, las plantas; que anima las ideas, los colores, los objetos inertes; que triunfa por sobre la razón chata y vulgar, y que se acerca al milagro con naturalidad. Arma, al cabo, de la redención de ese poder sutil del hombre que puede ver más allá de lo que ven sus ojos y es capaz de arrebatarse el fuego divino siquiera por un maravilloso instante.